

PALABRAS DE WALDO FRANK EN LA FACULTAD

“LETRAS” publica, como una primicia, la versión taquigráfica tomada por el estudiante de 2o. año don Elías Tovar Velarde, de las palabras pronunciadas por Waldo Frank en el Salón de Actos de la Facultad en la recepción que se ofreció al eminente escritor y de la que damos cuenta más detallada en la Crónica de la Facultad.

Esta recepción me conmueve. El hombre que pretende conmover, quiere hablar, pero el hombre conmovido prefiere guardar silencio. Me es muy difícil ahora hablar aquí, y además no sé precisamente lo que voy a decir.

No he sabido, hasta ayer, que debía disertar en la Facultad de Letras, y por consiguiente no he podido preparar un discurso. Sin embargo, la preparación de lo mejor que podría daros es lo que vosotros merecéis. Ni siquiera sabía en qué lengua tendría que hablar. Hubiera preferido hacerlo en inglés. La otra alternativa era la lengua latina, tratándose de una universidad que continúa la tradición cristiana de sus primeros días. Mas yo no puedo hablar en latín, y muchos de vosotros no me entenderíais en inglés. De consiguiente, me expreso en castellano (un castellano mío) a modo de transacción.

Estoy conmovido. No es una formalidad esta palabra mía. Yo he venido a Hispano-América a aprender. Hace mucho tiempo supe

que existían en Hispano-América valores humanos, que necesitamos mucho nosotros en Norte América; valores de la humanidad, valores que han tenido una gran realización, precisamente en esta antigua república cristiana, de la que surgió Hispano-América, y en esta Universidad de San Marcos. En el Norte sentimos hambre y sed de estos valores. Nuestra historia nos ha distanciado más de la expresión directa de ellos, porque cuando se fundó Norte América y crecieron las colonias anglosajonas protestantes, ya había decaído el organismo medieval, que existía en su fuerza todavía aquí en el Sur. Dicha forma de los valores eternos, propia de aquella república cristiana, para mí, no puede renacer. Los individuos no renacen: es la vida la que renace en cada nuevo individuo. Opino que las religiones y culturas son cuerpos de valores no individuales, sino eternos. Sin embargo, aquí donde, al nacer las colonias españolas, la república cristiana ya tenía su fuerza y su cuerpo, el conocimiento de esos valores prevalece a pesar de todo: y también en la vida indígena de pueblos como el Perú y como Méjico.

Nosotros en el Norte necesitamos ponernos en contacto con esta rica experiencia, llegar al conocimiento de la vida como un conjunto de valores. El servicio divino, el arte, el juego, la ética, deben estar íntimamente relacionados. Quiero hablar un momento de esta cuestión de conjunto, porque ello contribuirá a explicar por qué esta recepción me conmueve.

Ideológicamente hemos heredado muchos vicios de Grecia, y el vicio dominante es un dualismo, una antinomia de principios, que en el fondo no constituyen antagonismo. En Grecia la cultura era una dominación de maestros sobre esclavos. Los ciudadanos griegos eran muy pocos, y en la vida social y económica estaba implícita la división honda entre el siervo y el ciudadano de Atenas. La cultura, la verdad, la vida, no eran para el esclavo. Tal vez de esta división emergió una dualidad en el pensamiento filosófico, una antinomia entre el individualismo, por ejemplo, y el conjunto social. Se produjo la separación de la aristocracia como una casta superior a las demás. Esas aristocracias seculares, inevitablemente, han fracasado, porque no obstante referirse al hombre, al conjunto humano, había en ellas una falsedad. Para mí, es necesario que empecemos otra vez con una nueva ideología; pero no de falsas antinomias, condenadas a desaparecer. No existe verdaderamente dualidad y antinomia entre el individualismo y la sociedad, como no hay oposición entre lo personal y el cosmos. Para llegar al conocimiento de lo cósmico es preciso poseer la verdadera experiencia de lo personal. El verdadero individualismo no es más que la experiencia de lo personal. El verdadero individualismo no es más que la experiencia lograda del conjunto social, es decir, la destrucción del separatismo. Una aristocracia que se funda en la premisa de la dualidad es una falsa aristocracia. Un "leader", un adalid, que empieza con

un sentimiento personal, y niega en sus actos la responsabilidad y la integración con los demás, es un falso adalid.

Necesitamos grupos de minoría, verdaderas aristocracias, mas debemos comenzar por la persuasión de que el individualismo constituye sólo una especialización de funcionamiento. En el cuerpo del hombre por ejemplo, la mano está muy individuada, pero su individuación consiste únicamente en que funciona para el cuerpo. ¿Y sería posible que se desvinculara y actuase de por sí? Las aristocracias, las iglesias y las universidades del pasado ignoraron que esos grupos de minoría no son sino funciones del conjunto.

La Universidad es un grupo de "élite", más adecuadamente llamado a crear esta nueva, esta verdadera, esta primera aristocracia que el mundo necesita, porque los hombres de una universidad constituyen, es claro, una minoría, una selección, pero una minoría cuya obra es precisamente el conocimiento; y éste hace que el egoísmo desaparezca. Ya no estoy elaborando una teoría, sino presentando un hecho; el hombre que se conoce pierde su egoísmo, su aislamiento. Un grupo que se autoanaliza pierde, de igual modo, ese falso sentido de la división que ha desorientado a las clases dirigentes y a las aristocracias del pasado. Lo que necesitamos es un pueblo que funcione. Un pueblo es un organismo y necesita órganos, que son necesarios para el cuerpo, como mi mano, como mi cerebro; pero en los órganos no se conciben funciones independientes, desligadas de la finalidad a que obedece el todo.

Lo que necesitamos es una aristocracia proletaria. No hay aquí paradoja. Al contrario: si una aristocracia es consciente, sabrá que constituye nada más que el cerebro, nada más que una función de una sociedad. No es cuestión de servir: es cuestión orgánica de funcionamiento.

Y ahora llegaréis a saber por qué me conmueve la recepción que se me hace en esta antigua Universidad de San Marcos: porque la única esperanza para la creación de un verdadero mundo humano existe, como he dicho, en los grupos selectos que, conociéndose, deben orientar su actividad en el sentido que les impone el conjunto. Es la universidad, por excelencia, el lugar de formación de tales grupos. Y esta universidad, con intuición muy hispano americana, dispensándome el honor de recibirme aquí, con una generosidad también muy hispano americana, ha sabido aquilatar lo que pienso, comprender cuánto interés tengo en la vida de un grupo como éste, constituido por jóvenes que realizan una gran tarea de conocerse y funcionar; y sentir que precisamente en estos grupos es donde tengo fundadas todas mis esperanzas en América. Esperanzas que son tal vez más justificadas aquí, en el Sur, porque aquí vive más la tradición de la necesidad de crear valores humanos.

Creo que eso basta. He venido para aprender y he aprendido.

Me alegra mucho que la gran generosidad de todos los países de Hispano-América haya hecho que yo tenga la impresión, no sólo de haber recibido, sino de haber dado algo; pues si sólo hubiera recibido, mi satisfacción habría sido menor. Mañana parto al Norte, pero llevaré conmigo cierto bagaje que la compañía de aviación no podrá ver ni multar: el conocimiento, la experiencia de la vida honda, h o n d a, de Hispano-América, y de la potencialidad, honda también, tan verdaderamente humana que ya es divina, de la juventud hispano-americana. Gracias.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»